

Karla Suárez

**(Silencios: primer capítulo)**

**La casa grande**

Cuando yo tenía seis años, mi padre decidió irse a dormir a la sala. De aquello no recuerdo mucho, salvo el portazo en la puerta del cuarto y los llantos apagados de Mamá, durante las horas siguientes.

Vivíamos en casa de mi abuela, un apartamento grande lleno de cuartos con mundos diferentes; el de la abuela, una tía soltera, un tío masajista y nosotros tres, antes de Papá mudarse para la sala.

Mi madre era una argentina que en los sesenta había decidido venir a La Habana a estudiar teatro, ahí se hizo amiga de mi tía, que empezó por el teatro, y luego pasó a la danza, de ahí la literatura y así, siempre buscándose, como decía ella, o perdiéndose, como decía la abuela.

Por mi tía, Mamá llegó a la casa grande y conoció a Papá, que en aquel entonces era un joven oficial del ejército, de esos que dieron el paso al frente y lucían el uniforme que tanto gustaba a las muchachas, sobre todo a las progresistas como Mamá, que quedó profundamente enamorada y renunció a su nacionalidad para que mi padre no se sintiera incómodo por andar con extranjeras. Para la familia de Mamá, en el sur de América, esta decisión significó renunciar a ellos como familia, y entonces determinaron por su cuenta romper relaciones con la hija renegada. Para mi abuela, en cambio, el hecho de aceptar a una mujer viviendo en casa con su hijo, sin matrimonio previo,

significaba una vergüenza, y fue por eso que decidió, también por cuenta propia, renunciar a su nuera. Así fue que Mamá comenzó a vivir su romance sin la anuencia de nadie, pero absolutamente convencida de su amor y de su amistad con la tía. El tío no contaba porque no tenía buenas relaciones con Papá. Desde mucho antes de mi nacimiento, Papá y el tío apenas se dirigían la palabra. Así es que Mamá, persuadida por su marido, asumió una cierta frialdad e indiferencia en el trato hacia su cuñado.

Yo crecí rodeada de adultos totalmente diferentes. Mi abuela tenía cuatro hijos, uno mayor que siempre había sido el preferido y que ocupó casi el lugar del abuelo, después de que éste se marchó de casa. Eso ocurrió mucho antes de mi nacimiento, así es que al abuelo nunca lo conocí, y lo cierto es que en casa estaba prohibido mencionarlo. Él un día abandonó a la abuela y el hijo mayor se mudó para el cuarto de su madre y le sirvió de sostén hasta que decidió casarse e irse a vivir a otro sitio, entonces la abuela declaró la guerra a la mujer que se llevaba a su primogénito y volcó todo su amor en mi padre, que era el más pequeño. Mi padre prometía una gloriosa carrera y se convirtió en cómplice y confidente de su madre cuando ambos decidieron odiar abiertamente al primogénito, el día que decidió irse a vivir un poco más lejos y de tan lejos se fue a Miami con su mujer. Claro que todo eso ocurrió antes de aparecer yo en la familia porque, en cuanto mi madre se mudó a casa, la abuela se vio en la obligación de despreciar a su hijo militar, puesto que éste al parecer no tenía intenciones de legalizar su estado civil. En esos momentos pienso que la abuela pasó una situación difícil, debía escoger entre la tía, que era la segunda, y el tío tercero. Con la tía sus relaciones nunca fueron las mejores porque ella era la preferida del abuelo y siempre que la dueña

de casa intentaba referirse a su ex marido con tono de desprecio, enseguida saltaba la tía para defenderlo con palabras que debían resultar mágicas, porque la abuela cerraba la boca inmediatamente y cambiaba la conversación. Con el tío tercero también había problemas, no sólo que mi padre no le hablara, sino que existía algo en la familia que nadie se atrevía a pronunciar. Sé que antes de Mamá, mi padre y el tío compartían el mismo cuarto, hasta que un día la abuela determinó que él se iría a dormir al pequeño cuartico junto a la cocina, claro que en esos momentos Papá seguía siendo el preferido y cuando yo nací, el tío hacía rato había fundado su reino, lejos de todos, allá en el fondo.

La abuela pasó unos años sin hijo predilecto, hasta que un buen día, antes de Papá irse a dormir a la sala, el tío decidió que se dedicaría a hacer masajes. Así la casa comenzó a ser frecuentada por jovencitas que llegaban a la sala, le sonreían a la bebida que era yo, y atravesaban la cocina para irse donde el tío y sus masajes. Para la abuela esto fue como una iluminación y entonces terminó su debate centrando todas sus fuerzas en el hijo masajista, que cada día llegaba a casa con flores y caramelos para ella.

Hasta ese momento, quizás mi instinto infantil mantenía la esperanza de ser acunada por una abuela que cantara canciones de cuna y me durmiera en su regazo, pero la selección del tío hizo trizas mis sueños. Yo era una bastarda, nacida fuera de matrimonio y, además, hija de extranjera; en fin, que tuve que conformarme con los brazos de Mamá y la tía, que en cuanto me hacía pipí me soltaba aludiendo a que el orine de los niños le daba coriza. En cuanto a Papá, lo veía poco; él tenía muchísimo trabajo y por eso Mamá colgó en mi cuna una foto suya. Cada noche, antes de dormir, me hacía tirarle besitos a la

foto y luego me regalaba todo un concierto de canciones que en la voz de Mamá sonaban dulces y me llevaban al letargo. Dice ella que la primera palabra que dije, después de Papá y Mamá, fue fusil, y es que mis canciones no hablaban de ositos y maripositas tiernas; Mamá cantaba de fusiles y muertes y cuando se ponía a conversar con la tía, tarde en la noche, junto a mi cuna, sólo escuchaba palabras raras y disonantes, entonces me ponía a gritar, porque al final era el único lenguaje que conocía para estar a tono.

El cuarto de la casa que más me gustaba era el de la tía. Allí trasladaron sus conversaciones nocturnas cuando yo ya caminaba. Ellas se ponían a hablar mientras yo recorría el espacio agarrando todo lo que viera a mi alcance, libros, muñequitos, tazas, lápices, artefactos raros, la tía tenía un montón de cosas y se ponía muy nerviosa cuando algo decidía romperse en mis manos. Allí me aprendí las palabras *mierda* y *carajo*, que sonaban muy bonitas y ellas usaban con frecuencia. Me gustaba también el radiecito del cuarto, la tía a veces subía el volumen y se ponía a desafinar, entonces era una fiesta porque las tres nos encaramábamos en la cama para dar saltos hasta que se escuchaba la voz de la abuela del lado de allá, golpeando la puerta, y había que quedarse calladitas aguantando la risa. Un rato después, Mamá me obligaba a hacer silencio para atravesar el pasillo hasta nuestro cuarto, tirarle los besitos a la foto de Papá y acostarme, pero me costaba trabajo dormir porque ella pasaba casi toda la noche con la lamparita encendida leyendo cualquier libro. Mi mundo era entonces el cuarto de la tía y el nuestro, porque Mamá había determinado que la sala era territorio vedado después de una larga discusión con la abuela a causa de las dos o tres meadas que solté encima

del sofá o de cualquiera de las jovencitas que venían por los masajes del tío.

Hasta esos momentos todo marchaba bien. Mi familia resultaba perfectamente coherente, tenía un padre que solía dejarme regalitos encima de la cuna, una madre que cantaba canciones, una tía divertidísima, una abuela peleona, como casi todas, y un tío con muchas amistades.

Yo era feliz. El día lo alternaba entre mi madre y la tía, que era cuando más me gustaba, porque ella se ponía a escribir en la máquina y yo podía coger todo lo que quería, jugar con sus cosas, encaramarme en la cama y ella allí escribiendo sin regañarme apenas. Yo hacía lo que me daba la gana y ella sólo se acercaba, de vez en cuando, cuando sentía algún olorcito incómodo; entonces me cambiaba y tiraba el blumercito en una palangana que luego entregaba a Mamá quejándose porque el olor a caca infantil le provocaba náuseas. Por aquellos primeros años, mi tía era literata y permanecía muchas horas en casa, por eso Mamá solía dejarme a su cargo, alguna que otra vez. El resto de los días eran viajes con Mamá de aquí para allá, a lugares llenos de gente que hablaba mucho, salas de ensayo donde todos me regañaban o me pasaban de mano en mano, según estuvieran de ánimos, pero también resultaba divertido porque a veces me daban algún muñeco o una máscara y yo podía jugar toda la tarde.

Una noche ocurrió algo terrible. Estábamos en el cuarto de la tía y ellas conversando como de costumbre; de repente mi tía se levantó furiosa declarando algo así como «realismo socialista» acompañado de «reverenda mierda». A Mamá esto evidentemente no le gustó, porque levantó en cólera y comenzó a gritar acentuando las palabras más que de costumbre. Yo me aparté a un rincón sin entender nada y las vi pelearse, casi a

punto de golpes, hasta que Mamá me tomó por el brazo, dijo que mi tía era una idiota y que en ese cuarto no entraba nunca más. Esa noche no tuve que tirarle los besitos a la foto de Papá, claro que tampoco pude dormir. Ella se la pasó dando vueltas, mirando el reloj y Papá sin regresar. Yo estuve haciéndome la dormida todo el tiempo, acurrucada bajo las sábanas, y fue la primera noche que presencié el regreso de mi padre. La puerta se abrió y él entró sigilosamente tratando de no hacer ruido, hasta que tropezó con la mirada de Mamá desde la cama.

— Si me venís con que andabas de guardia otra vez te arranco las pelotas.

Papá hizo un gesto de cansancio y dijo algo de irse a la sala, para no despertar a la niña. Pero Mamá se levantó furiosa agregando que le importaba una mierda si la niña escuchaba o no, que estaba harta de andar escondiéndose en la sala para que la abuela y la niña no escucharan, estaba harta de todo y de esa familia de locos, de las guardias de Papá, las idioteces de la abuela, el tío reivindicado y para colmo la tía autosuficiente y medio gusana. Esa noche descubrí que después de las canciones que ella me cantaba, se quedaba despierta esperando el regreso de mi padre para irse a la sala a discutir. También descubrí que no todo andaba tan bien como yo pensaba.

A partir de esa noche, Mamá y la tía no volvieron a hablarse y no hubo más visitas nocturnas a la sala. Yo me dormía y, con los primeros gritos apagados de Mamá, despertaba para taparme los oídos con la sábana, y cuando se ponía la cosa fea, entonces empezaba a llorar, muy fuerte, muy fuerte, hasta que la abuela golpeara la puerta exigiendo silencio y quejándose porque en esa casa ya ni dormir se podía. Entonces la tía, desde su cuarto, aprovechaba el alboroto para encender el radiecito, mi madre me cargaba, mientras mi padre golpeaba con fuerza la

puerta de su hermana reclamando respeto y la abuela se iba a despertar al tío, que era el único que la consideraba, el único decente que vivía en su propia casa.

Fue por todo eso, que mi madre se echó a llorar el día en que mi padre decidió irse a dormir a la sala. Yo tenía seis años y pasé casi treinta horas sin comer porque mi madre lloraba y lloraba, se sonaba los mocos y lloraba sin parar, desconsoladamente, tiraba los pañuelos mojados al piso y luego se secaba con las sábanas para seguir llorando, hasta que todo estuvo empapado y sólo quedaron mis sábanas secas. Mi madre me miró, descubrió mi mirada y el llanto se cortó repentinamente.

— Ya no lloraré más, nena, te lo prometo.

Y no lloró más, pero tampoco hizo más nada. Fue entonces cuando compró aquel tocadiscos de uso y comenzó a escuchar los tangos. Abandonó el teatro, dejó de hablarles a todos en casa; sólo salía del cuarto cuando lo consideraba imprescindible y de vez en cuando para llevarme al parque y tomarse un traguito en el bar de la esquina. Mi madre sólo escuchaba tangos y me ayudaba a crecer. Cuando mi padre le dirigía la palabra, ella escribía en un papel lo que entendía pertinente, sólo eso y volvía a sus tangos. Yo la observaba callada y me juré entonces que nunca lloraría así, nunca mostraría mis lágrimas porque detrás del llanto sólo había un tango y eso me daba ganas de llorar y no quería, nunca, nunca lloraría de esa forma, por nada, ni por nadie, ni siquiera por lo que en aquel entonces apenas podía comprender. Yo crecí escuchando las palabras que los otros se decían entre ellos, los silencios de mi madre y las letras de los tangos, mis canciones de infancia, aquella que tanto repetía:

*...cuando todas las puertas están cerradas*

**Karla Suárez**

*y ladran los fantasmas de la canción,  
Malena canta el tango con voz quebrada,  
Malena tiene pena de bandoneón...*